

VARGAS VILA, DARIO, OTROS.

Escribe: **HUMBERTO JARAMILLO ANGEL**

—I— NOCHE EN ROMA.

“Darío llegó para las fiestas del Año Santo; me visitó, en unión de un millonario suramericano, cuyo nombre no recuerdo; analfabeto, ostentoso y gárrulo”.

Vargas Vila.

En Roma. Cuando aún no había fenecido, del todo, el año 1900. El Maestro vivía solo. Muy solo, en la ciudad Imperial. Leía. Escribía. Odiaba. Y era odiado. Su lucha, lucha de cóndor con águila caudal, no cesaba a ninguna hora del día o de la noche. Sus libros —novelas, filosofía, historia, política— editados lo mismo en París que en Madrid o en Barcelona, se vendían ediciones tras ediciones. El Maestro, de cierto modo vivía, más como un potentado del oro que como un obrero de las letras. Su vida era un combate. En su casa, añorando las remotas montañas de su patria lejana, era como un león a quien siempre se le veía listo a desgarrar el cuerpo inanimado de un cordero.

Hasta esa gran soledad suya llegó, a saludarlo, una tarde Rubén Darío. El inmenso poeta no llegó solo: un curioso mecenas de Sur América hacíale graciosa compañía. Con él fue en busca de Vargas Vila, el Maestro. Y él los recibió. Y habló, con ellos, de muchas cosas humanas y divinas. Habló de España. De los poetas y los literatos de España. Habló de los tiranos de las bárbaras tierras del Nuevo Mundo. Habló de sus combates. De sus triunfos. De sus derrotas. de sus viejos odios y de sus Amores por la Libertad. Habló de sus amores sentimentales.! Cuán pocos, sin duda, fueron aquellos amores del Panfletero colombiano! Y, cuán pocos, del mismo modo, los hombres dignos de su odio.! Nada importa, para que ello sea verdad, sus tremendas páginas llenas de sangrientas diatribas.!

Vargas Vila era, en aquella época, Ministro del Ecuador. Una noche invitó a Rubén a Comer. Fueron al Restaurante Colonna. Darío bebió y comió. Bebió más que comió. Era poco goloso el poeta. Más que goloso, era amigo irreductible de las bebidas embriagantes. El coñac, por ejemplo, al igual que “el delicioso vino de Frascati y los de **i castelli romani**”, solía aplacarle, por espacio de algunas horas, su voluptuosa sed de tórrido Baco o de loco Fauno centroamericano. Palacio Viso-cuando

el Maestro no pudo o no quiso, días después del primer encuentro con Darío, acompañarlo en su errante bohemia romántica por las calles de Roma — le sirvió de cicerone a través de basílicas, parques, ruinas, museos, capillas, tabernas, hoteles, restaurantes y jardines romanos. Le sirvió, también, de guía hacia el esplendor de San Pedro o de la púrpura del Pontífice, reinante, entonces, sobre la cristiandad.

Una noche, luego de agotadas casi todas las dulces sensaciones romanas, el poeta partió con rumbo a Nápoles. Partió, como lo anota Vargas Vila, “sonriente y feliz, rota ya entre sus manos la caña del Pescador”.

En Nápoles, el divino cantor del Momotombo, permaneció, tan sólo cinco días. Al cabo de ellos le telegrafió a Vargas Vila rogándole saliera a esperarlo — al paso del tren que hace el recorrido de Nápoles a Florencia — en la Estación. Y el Maestro salió a esperarlo. Tanto, y tan sinceramente, quería Vargas Vila a Darío! El, en jamas de los jamases, y así se tratara de algún cercano familiar suyo, no le hacía, nunca el homenaje de salir a esperarlo. Y menos, mucho menos, en horas de la noche. Y en una sofocante estación ferroviaria!

El telegrama de Darío, para su amigo Vargas Vila, decía, en su laconica brevedad, esto: “Llego esta noche, de paso para Florencia, desearía abrazarlo en la estación”.

Por qué motivo fue tan corta, por aquel tiempo, la estadía de Rubén en Nápoles.? Qué obligó, al poeta, a regresar tan pronto.? Darío fue, como Nietzsche o como Juan Jacobo, una especie de judío errante a quien le estaban haciendo señas, de continuo, todos los puertos, todos los placeres, todos los caminos, todas las ciudades, todos los mares, todos los hastíos, todas las gulas y todas las embriagueses, aún la extraña embriaguez de los ardientes horizontes propicios para los besos, las caricias o los infinitos desencantos de “la carne que tienta con sus frescos racimos”.

“A las nueve y media de la noche —dice Vargas Vila en su libro dedicado a contar la Vida de Rubén— estuve en la estación”.

Sí: Darío llegó para las fiestas del Año Santo, a Roma. Y fue en busca de su amigo, José María Vargas Vila.

—II— AMANECER EN ROMA.

“Darío, con su aire de poseído, y una maleta en la mano, apareció en la puerta del wagón”.

Vargas Vila.

Vargas Vila, en efecto, había llegado, a la estación romana del tren, a las nueve y media de la noche. A poco arribó la pujante máquina. Venía de Nápoles. En el telegrama, Rubén, le decía con fraternal amistad: “Llego esta noche, de paso para Florencia, desearía abrazarlo en la estación”. Por eso Vargas Vila, en forma puntual, estuvo, a la hora indicada, esperando al máximo poeta de habla hispana.

Desde la plataforma — ancha y apretada de viajeros que subían o que bajaban — Darío miró hacia todos los sitios. Entre la multitud, vestido de gris, alcanzó a ver al Maestro. Bajó. Y fue a darle un fuerte

abrazo de compañero, de admirador y de Genio. Ambos, en realidad, fueron grandes Genios. Iguales en todo. Ni el uno más. Ni el otro menos. Exactos. En Francia, Anatole, le reconoció el Genio literario de Vargas Vila. Y, en España, lo reconocieron Valle-Inclán y Pompeyo Gener. El Genio de Darío lo mismo lo fue reconocido en Alemania que en Rusia, en Italia que en Portugal, en Inglaterra que en la poderosa nación del Norte. Ambos Genios. Pésele, hoy, a quién le pese.

Ya juntos, Darío, como de costumbre, le dijo a Vargas Vila: "Tengo sed". Era su sed habitual. Sed, en Ruben, de ajeno. Entonces fueron a instalarse en un bar "buffet", escribió Vargas Vila. Y pidieron cerveza.

El diálogo, como en otras ocasiones, empezó tranquilo, animado y lleno de gracia, tanto de parte de Rubén como de parte de Vargas Vila. Diálogo lleno de recuerdos lejanos. Recuerdos de Colombia. De Nicaragua. De España. De París. De Madrid. El Maestro lo dice:

"Hablamos de Nápoles, de Sorrento, de Capri; de ese divino país, y esos divinos paisajes, que parecían venir grabados en las pupilas del Poeta, y surgir u ocultarse, brillar o palidecer, según los grados y el poder de la evocación".

Allí, en ese "Buffet", permanecieron horas y más horas. El tren de las once, con rumbo a Florencia, pasó. Ni Darío ni Vargas Vila se inmutaron por eso. El poeta resolvió, ya dejado del tren, quedarse en Roma. Una vez libres de la tiranía del horario oficial, Darío, de nuevo, le dijo a Vargas Vila, pero ya en otro sentido; "Tengo hambre".

Vargas Vila invitó, al saber, ahora, que lo que Rubén tenía era hambre, al comedor. Antes habían "rescatado" la maleta de Darío. En el comedor, instalados ante una mesa de mármol, cubierta con bordado mantel de lino, Rubén pidió comida. Vargas Vila pidió café. ¡Oh, el detestable café de Roma! Gómez Carrillo, también amigo del pálido ajeno y de la cerveza rubia, como Darío, jamás pudo apurar, sin fastidio, una pequeña taza de café romano.

El reloj del comedor dió la una de la madrugada. Ya era hora, pasada, de ir en busca del hotel. Vargas Vila invitó: "Vamos a buscar un Hotel". Rubén aceptó. Fueron. Por la calle mientras iban caminando, el frío de la alta hora corría, como un caballo salvaje, hacia las colinas distantes. En la Vía Cavour, por aquella época —1900— existían muchos buenos hoteles. Vargas Vila eligió uno, Quería dejar a Ruben, bien instalado y cómodo, en una habitación confortable. Al pretender despedirse, dejando al poeta sosegado, éste no aceptó quedarse, como un extraño, solo. Confiado, volvió a decir, como al principio de la noche: "Tengo sed". No pudo, Vargas Vila, librarse, ya, del amigo. Salieron. Otra vez en la calle, tomaron un coche. Partieron con dirección al "Caffe Aragno", "el más serio y el más chic de Roma".

Llegaron. Darío cambió la cerveza por el cognac. Vargas Vila continuó tomando café. El lugar estaba, todavía, lleno de escritores, artistas, príncipes y duques. Vargas Vila se los indicó a Darío. A las dos el café iba a cerrarse. No se quedaron, por más tiempo, en el Aragno. En la calle, de nuevo, el frío romano corría, desbocado, como un frenético caballo en fuga

No quiso, Darío, a la insinuación de Vargas Vila para tornar al hotel, que se pidiera un coche. Tornó a decir, "Tengo sed". Allí al frente

del Aragno, estaba la cervecería "Gambrinus". Entraron. Darío continuó bebiendo cognac. Ya, ebrio, completamente ebrio, solicitó al camarero del café, lápiz y papel. El camarero le dió el lápiz y, Vargas Vila, sacando, del bolsillo, una tarjeta suya, se la entregó. Darío escribió, "haciendo, de vez en cuando, gestos lentos con la mano en que tenía el lápiz". Le dió, al cabo, lo escrito, a Vargas Vila. Eran unos versos. Y decían:

A VARGAS VILA.

**En Roma donde dice la Vida,
Lo que la inmensa Sibila vierte.
Junto a tus armas pongo mi Egida
Hermano Grande. Hermano Fuerte.**

Abandonaron el café. Ya iba apuntando, sobre las colinas romanas, la tenue luz del alba. Roma, al amanecer, para ambos poetas, no era como una ciudad sino como una selva virgen. Y el silencio envolvía a los dos Genios interrumpidos, tan sólo, de pronto, por una débil queja de Rubén o por una fulminante palabra de Vargas Vila.

—III— VARGAS VILA Y LA MISTRAL

En 1907, Gabriela Mistral estaba muy joven. Ya era, sin embargo, poetisa de mucho prestigio. Había nacido, en Vicuña, el 6 de abril de 1889. En 1908, don Luis Carlos Soto Ayala recopila poemas y prosas literarias de Coquimbana. En esa antología figuraba, ya, Lucila Godoy. Ganándose el pan con el sudor de la maestra de escuela, aquella mujer excelente tenía tiempo, de sobra, para escribir, leer, soñar, mirar el campo verde, mirar el cielo azul, pensar en el mar distante, en los países lejanos, en las lejanas ciudades y en dialogar, a veces, con los niños, los pájaros, las flores, el viento, el agua o con los hombres de letras de su tierra natal. Dialogaba, también, por medio de cartas — no carentes, jamás de cierto garbo y de cierta audacia nada común en una maestra rural — con los grandes cerebros literarios de América y de Europa.

Uno de esos cerebros — cerebro de Genio — fue el de José María Vargas Vila. La poetisa en agras leía, con sumo deleite y con siempre confesada admiración, las obras del rebelde hijo de Colombia. Un libro del terrible Panfletario era, para la Mistral, el camino más corto y seguro para llegar a la Belleza, al Arte y al arcano universo en donde habitaba ese formidable "señor de tempestades" de cuya pluma brotaron, a raudales, olímpicas páginas que lo mismo hicieron estremecer el cadáver de un César que la gran contextura geográfica de todo un Continente.

En efecto. Vargas Vila, desde antes del año 1907, ya constituía un permanente motivo de admiración para Gabriela. De Gabriela y de los más célebres poetas, escritores, filósofos y artistas de América, de España y hasta de Francia, la letrada Francia del viejo Anatole. Maestro de luchas y polémicas, Vargas Vila era como un irremplazable guía para los jóvenes escritores y poetas tanto de Chile como del Ecuador, del Perú, la Argentina, México, Venezuela, Nicaragua, Bolivia y Cuba, la verde y fragante patria de Martí. Tras las huellas de aquél agosto

solitario, Darío, en Roma, encontró el amparo pródigo del hermano "fuerte, del hermano grande". Y lo mismo en París que en Madrid y Barcelona, Vargas Vila le sirvió, de continuo, a Rubén. El poeta, sin rubores, lo confesó en muchas ocasiones.

La Mistral, leyendo a Vargas Vila, soñó, acaso, en más de una oportunidad, con hablar el mismo lenguaje del Maestro. Su verbo calmaba su sed de horizontes. Sus fulgurantes metáforas servíanle de aliento y el clima estético del apóstol era como la dulce estación en cuyos ámbitos Gabriela no necesitaba de otros estímulos ni de otras drogas reconfortantes, para su tarea medular y poética. Vargas Vila, con su luz, iluminaba las noches cálidas de América.

A tanto llegó el culto de la Mistral por la obra y la Vida de Vargas Vila que hasta en sus cartas iba dejando el misterioso perfume de su estilo y de su fecunda inspiración. En una de aquellas cartas — hubo un tiempo en que Gabriela gustó sostener viva y permanente correspondencia con poetas y escritores del Nuevo Mundo y de la vieja Europa — la poetisa lo dijo, sin que por eso, en aquella difícil época para Vargas Vila, le temblaran ni el pulso ni el coraje de mujer enamorada de la Libertad. En un fragmento recogido por Raúl Silva Castro, Gabriela deja correr sus sensaciones de lectora y de amiga del autor de "Salomé":

"Hace tres años que publico artículos. Y hace dos que el arte me fue revelado en la persona de un libro, de un libro adorable de Aquel que es mi Maestro y al que profeso una admiración ilimitada, un culto ciego, inmenso como todas mis pasiones; Vargas Vila".

Silva Castro — crítico injusto de la Mistral — también lo anota, en las páginas iniciales de su líbello sin fortuna:

"Desde 1907 hasta varios años después la poetisa inspira en el discutido autor colombiano los trabajos de su pluma; la pasión por lo cruento y melodramático, que la ha acompañado hasta ahora, y el deseo de acumular palabras raras, que perdió luego, y de asociar voces en forma insólita, que nunca ha dejado, pueden reconocer en Vargas Vila un antecedente y una explicación".

Explicación justa. Y antecedente justo. Vargas Vila mismo, pese a su desdén por las poetisas y las mujeres cerebrales, no fue ajeno, jamás, a la admiración por la obra poética de Gabriela, una mujer en cuyo mundo también ardía la extraña llama del Genio.

—IV— VARGAS VILA Y TORRES-RIOSECO

No uno sino varios libros — de útiles enseñanzas y de bello estilo — he leído, con provecho y con agrado, de Arturo Torres-Rioseco. Es buen escritor Rioseco. Es un erudito. Es, como hombre de letras, un maestro consagrado al trabajo, a la lectura, a la diaria y fecunda labor investigativa en archivos, bibliotecas y librerías. Una obra de Rioseco, a más de enseñar mucho, deleita, en sumo grado, tanto por la forma como por la calidad de las palabras que emplea, bien para hacer alta crítica como para hacer historia literaria.

No es, con lo dicho, sin embargo, Torres-Rioseco, ni un Pablo Neruda, ni un Vicente Huidobro, ni una Gabriela Mistral, ni siquiera un

Eduardo Barrios, para no citar personalidades fuera de su país natal. No obstante, éste escritor, éste crítico, éste ensayista y éste chileno ilustre, ha hecho, para el estudio, grandes trabajos. Uno de ellos, sin duda, es el de "Nueva Historia de la gran Literatura hispanoamericana, un importante libro publicado en Buenos Aires, en el año de 1964. Es, de ese modo, libro reciente.

Cerca de 320 páginas de lectura. Pasan, por allí, gentes letradas de América: unas de tiempos idos y otras de ahora, de nuestros días. Todas esas gentes del mundo intelectual merecen el puesto, no que Torres les ha señalado en la historia de la cultura literaria, sino el que les señaló —seguro y firme el largo o el corto ejercicio poético. Tiene, el autor, buena memoria. Es hombre juicioso. Es certero. Es trabajador: trabaja con los cuadernos de apuntes, con los grandes ficheros y con los extensos catálogos de las ricas bibliotecas con las cuales durante años y más años, en Norte América, ha vivido en permanente contacto.

Más, pese a lo de los ficheros, lo de las notas, lo de los catálogos y las prolongadas pesquisas en las bibliotecas de las tentaculares ciudades yankis en donde ha dictado sabias cátedras de historia literaria, al célebre profesor se le fue, como dicen los antioqueños de Rionegro, "la paloma". Al írsele, como resulta natural, dejó un tremendo vacío histórico en su libro admirable. Torres-Rioseco no puede, o no debe, ser un crítico resentido, apasionado, excluyente e injusto — en el caso que me ocupa lo es — con glorias universales como la de José María Vargas Vila, el cerebro, según Anatole France, más vigoroso del Nuevo Mundo, y según, también, en España, Pompeyo Gener. France y Gener. De Igual modo el pensador más original y que más y mejor contribuyó al triunfo definitivo de la Libertad, no sólo en América, sino en varios países de la vieja y cansada Europa.

No cita, Torres-Rioseco, ni como escritor moderno ni como ensayista, ni como novelista, ni como poeta, ni como historiador y filósofo, en su libro "Nueva Historia de la gran Literatura iberoamericana", por parte alguna, a Vargas Vila. Pero sí cita a Blanco-Fombona, a Rodó, a Montalvo, a Neruo, a Lugones, a Rivera, a González Prada etc. Cita a muchos más. Y a mil y un escritor, bueno o malo, de América. No existió, para Torres, Vargas Vila!

Qué le hizo, en vida Vargas Vila, a don Arturo Torres-Rioseco.? En sus postreros años de luchas y victorias, en alguna ocasión, el Maestro desdeñó los trabajos del autor de más de un hermoso libro de ensayos literarios.? No lo sé yo. Qué le hizo, a Chile, en sus tremendas horas de combate.? A Chile o a los chilenos.? Gabriela Mistral, la inmensa — lo mismo que el inmenso Neruda — estuvo orgullosa de llamarse, ella misma, discípula y admiradora apasionada de Vargas Vila. Qué le impidió, al profesor y al crítico, citar, en su libro, a Vargas Vila.? No cree, en Vargas Vila, Torres-Rioseco.? O no le permiten, en la universidad en donde trabaja, creer en Vargas Vila,?

El hecho, y muy notorio, es el de que no asoma, el soberbio panfletario, para nada, en la nueva historia de la gran literatura hispanoamericana. En este libro el estudioso profesor ha hecho vivo acopio de erudición y el certero juicio crítico. Vargas Vila, con ello, nada ha perdido. Ni él ni su Gloria. Ni él ni su Genio. Ni él ni los millares de editores, en México y en la Argentina, en España y en Chile, que a cada fin de mes lanzan, al mercado editorial, las novelas, los ensayos, los

libros de historia, de filosofía y de política escritos, para luchar en contra de los tiranos y de las tiranías, por ese Genio con cuya fama, como con la de Bolívar, se llenan varios siglos de Grandeza americana.

Dije atrás, que Torres-Rioseco es justo. No. Rectifico: es injusto. Yo, por mi parte, no volveré a leer nada que tenga la firma de Arturo Torres-Rioseco. A quien me pida algún consejo literario le diré que el mejor y el más útil que pueda darle, es el de que no lea, al menos en el libro que me ocupa, nada de éste crítico que quiere darse, acaso, el lujo de ignorar a Vargas Vila.